

## JORGE GUILLEN, LA POESIA COMO EXISTENCIA

La generación poética de 1927 articula un corpus literario del que, se ha dicho, arranca y se asienta la literatura hispánica posterior. En la mencionada estructura lírica, una de las aventuras más fascinantes y atractivas del arte contemporáneo, cabe señalar un momento que cronológicamente tiene una importancia cabal para el entendimiento de esta obra. Es la guerra civil española, que supone e implica una toma de conciencia ante ese acontecimiento, sin duda ninguna histórico. Pero si bien esa afirmación es cierta, de una certeza absoluta, es indiscutible que coincide con la crisis espiritual, artística, política y social de la sociedad europea de aquellos años. El 27 se ve obligado como grupo a un total replanteamiento de sus coordenadas poéticas, poesía que se torna más polémica, rehumanizada y comprometida, marginando el tono festivo, alegre, que hasta esa fecha había poseído. El impacto mundial del surrealismo, la crisis mundial de 1929, la convocatoria de la segunda república española son hitos que resumen esa nueva angustia que cristaliza en una obra poética tan diferente de la que esos mismos creadores habían venido haciendo. Del entusiasmo juvenil de la primera obra—coincidente con la euforia mundial de la paz de entreguerras—se pasó a la indagación e interpretación de la condición humana. Guillén representa un punto intermedio, pues ya advirtió Octavio Paz que por años era un poeta inevitablemente abocado a ser puente entre lo anterior y lo que había de ser su propia generación, la del 27. Guillén es unos años mayor que la mayoría de sus compañeros, y ello le permite la contemplación de todos estos elementos perturbadores y destructores con una mayor serenidad y el convencimiento, quizá cierto o, cuando menos, posible, de que ninguna cosa nueva hay bajo el sol de los mortales. Y lo curioso del caso, que también podíamos definir como sintomático y, por tanto, significativo, es que Guillén es un poeta tardío—me refiero, naturalmente, a su aparición pública; no a la concepción personal de su obra—, pues *Cántico* ve la luz en 1928, cuando el poeta tenía ya la edad de treinta y cinco años. Es evidente que había existido una

prehistoria literaria, pero no se decide a editar sus versos juveniles, sobre los que vuelve una y otra vez. Este ir y venir es una de las constantes más importantes de la obra guilleniana, mantenida desde antes de la primera edición de la obra. Escribir a continuación que *Cántico* es un himno a la perfección de las cosas tal y como son, no debe tomarse como una libertad del crítico, sino como la constatación de algo que la lectura del poema nos confirmará. La obra de Guillén parte de la visión de la realidad cotidiana y habitual, pero esta contemplación del entorno es sometida a un proceso de depuración y decantación que la convertirá en acto de creación literaria. Es la mirada del poeta la que ha convertido ese hecho insignificante en la cristalización de la escritura. Mirada que, lógicamente, no es solamente física, sino totalizante y expresiva de la conducta del hombre de letras. Quiero decir que si Guillén observa el mar, por ejemplo, lo hace con Manrique, con Valéry. Lo hace con los ojos de una tradición a la que pertenece, en la que se inscribe y de la que no reniega, pero a la que transforma, modifica y altera añadiendo su personalidad, su naturaleza, el sentido de la existencia impregnado de una considerable dosis de estoicismo. Se ha dicho que en la obra de Guillén no hay crisis espiritual, como no la hay en su vida. Y yo pregunto, ¿qué mayor crisis que trabajar durante más de veinte años en el mismo libro? Someterlo una y otra vez a reelaboración, tachar y romper. ¿No hay, acaso, en *Cántico* la huella del tiempo? ¿No notas la arruga del cansancio y, también, de la desesperación? ¿Qué fue de tanta tersura y lozanía? La poesía no es para Guillén un estado de iluminación divina; el que diga eso, y los ha habido, no solamente ha mentado, sino que se ha equivocado de oficio. La poesía es para el poeta vallsolletano la existencia, es decir, la tortura y la memoria, o por decirlo con palabras de este libro (1), la salvación. Concepto que entronca con el Petrarca, la tercera vía renacentista de la consecución de la inmortalidad a través de perduración en la vida terrena mediante la escritura, poética en este caso. La experiencia humana es, pues, el punto de partida para Guillén, y el arte no es un medio de burlarse de la vida, sino el único medio de introspección en el alma humana, el único procedimiento válido para el análisis y la reflexión sobre el paso del hombre en la tierra, actitud esta que lo diferencia de sus compañeros de generación sobre todo en los primeros años comunes al grupo.

Guillén es consciente de la responsabilidad que ha contraído desde el momento en que decidió ser poeta, siendo cierto, por otra parte, que son muy pocos los autores que pueden decir tal cosa. La respon-

---

(1) Oreste Macrí: *La obra poética de Jorge Guillén*, Editorial Ariel, Barcelona, 1976.

sabilidad guilleniana es la certificación de ese perfeccionismo que no es inútil ni siquiera accidental, sino que se convierte en esencia, en fundamento de su poética. Es un desafío personal que el poeta asume, con consciencia plena de que el testimonio literario tiene que pasar obligatoriamente por la autoexigencia en la escritura de todo aquello que definirá y conformará la titulación de la obra que quede como visión, como imagen, del mundo para generaciones venideras. Ese adelgazamiento, esa austeridad en la expresión poética es la búsqueda del desnudismo en la pureza de la poesía. Poesía pura, *ma non troppo*, como se definió Guillén en la antología de Gerardo Diego. Es la aproximación a la reticencia, ese arte de las medias palabras donde reside la clave de la auténtica obra literaria, tan alejada de la verborrea habitual de nuestra literatura. La acusación, por lo tanto, que suele recibir la obra de Guillén, en el sentido de que es de un intelectualismo abstracto y deshumanizado, no puede mantenerse. Y no puede mantenerse porque sería una lectura desatenta la que tal cosa ofreciera. Hemos venido viendo que lo que Guillén propone es una filtración de las emociones tanto sensoriales como mentales, en la creencia de que la escritura es una obra de arte y como tal debe someter la experiencia humana a la reelaboración del pensamiento. La obra poética de Guillén es la estructura acabada y terminada de un proceso de años, en el que la llegada al simbolismo es la consecuencia de la conversión de la realidad, manejando conceptos precisos y utilizando formas clásicas españolas, a su vez sometidas a un estado de discusión que pasa por la necesaria manipulación que solamente permite un absoluto dominio tanto de la materia como de la técnica. Guillén desea el orden en sus escritos, y ama el equilibrio entre un contenido real y un ritmo formal, ordenación que debe abarcar la totalidad de cada edición de *Cántico* y los otros títulos. Las palabras en la obra guilleniana pierden su denotación y adquieren una connotación máxima, connotación que ofrecerá al lector la garantía de encontrarse ante una obra cuya tensión emocional, intelectual y comunicativa será absoluta, todo ello bajo la sensación apacible y tranquila de poemas beatíficos y aparentemente fáciles de lectura, al menos en una lectura superficial y lineal, y, por tanto, falsa. No, Guillén no es un hombre complaciente ni un poeta «selecto». Busca la transposición del universo en la geometrización de las formas literarias, la persecución de la simetría de líneas.

Desde esa íntima vibración emocional, hay en *Cántico* una exaltación de la vida y el asentamiento en una postura existencial muy concreta. Exaltación de la vida que no es ingenua, puesto que sería inmoral; nace, por el contrario, de la concreción de un código de

conducta muy determinado, que no supone solamente la visión del lado bueno de las cosas, puesto que Guillén contempla igualmente la fealdad y el mal, pero que actúan como contrapunto de esa alegría de la existencia como salvación ante la injusticia y el desorden, como refugio necesario para poder ofrecer al lector una metafísica de la existencia, en el sentido de superar ésta mediante la asunción de todas sus manifestaciones, sin distinción de clase alguna. Creo que la obra de Guillén, partiendo de esas dos premisas, la asunción de la realidad y la superación de ella —superación que no supone renuncia—, confluye en una síntesis que es literariamente el resultado del poema y de la experimentación que el poeta ha sufrido al caer en la cuenta de esta necesidad—y la poesía no es otra cosa, según José Angel Valente, que un gran caer en la cuenta—. El salto del hecho concreto hasta la simbolización artística es el camino que el poeta recorre desde la contemplación hasta la escritura de esa experiencia. La verdad de la producción literaria de Guillén es que la finitud humana pasa por la grandeza del universo, que el no ser es una esperanza de ser y de existencia en plenitud de la contemplación de la grandeza de la maravilla del cosmos que recoge y envuelve la pequeñez del hombre. En una obra de tal envergadura, la anécdota, el accidente, no es que queden desdibujados ni difuminados; es que no tienen cabida en un proyecto de ahondar e investigar en las simas y abismos de la vida y del hombre, del universo entero. La cosmovisión de Guillén es una relación profunda entre el yo y el mundo, pero dentro del mundo. El Eros, que nos dará una imagen de la sociedad, tendrá la significación telúrica y primitiva de la ritualización primigenia en la indagación de los misterios del hombre, de esa zona irracional que el poeta, hombre de cultura, someterá voluntariamente a la dictadura del esquema mental, racional, en el deseo de explicarse y explicarnos las ataduras del hombre con la naturaleza. De ahí la utilización de las formas geométricas, de la esfera como expresión de lo absoluto, pues nada hay más opuesto a la irracionalidad que el esquema matemático. La sugerencia, incluso instintiva, de la proyección artística de la intención, y posterior e inmediata consecución argumental es absoluta.

Concluido el estudio de *Cántico*, pasa Macrí al análisis de *Clamor*, obra que se compone a su vez de otros tres títulos: «Maremágnum», «Que van a dar a la mar» y «A la altura de las circunstancias». La simple lectura de ellos señala un cambio radical en los planteamientos temáticos y estéticos del poeta. No sería justo afirmar que nos encontramos ante un libro que atenta contra el contenido y el esquema de *Cántico*. La obra de Guillén se debe considerar como uni-

taria en el tiempo, como un todo orgánico y coherente. Pero si *Cántico* fue el espacio del universo, *Clamor* es el tiempo de la historia, en el que Guillén acepta la circunstancia de una coyuntura real negativa, desde el entramado de la palabra y la arquitectura de la concepción poética. Es el tratamiento doloroso y angustiado de la guerra civil española y de la segunda mundial. Es el convencimiento de que el mundo—ese que él pensaba que estaba bien hecho— se precipita hacia un suicidio colectivo; la irrupción, en suma, de un asunto, de una problemática, que no es nueva en la obra poética del autor vallisoletano, pero que hasta este libro se había quedado agazapada, oculta entre sus versos. Si *Cántico* era la metafísica de la existencia, *Clamor* es el estallido de la poesía civil. La personalidad particular y la histórica han podido con el hombre, pero la esperanza en él es posible todavía, si bien es verdad que el orden de las cosas se ha trastornado y trastocado. Lo que antes era serenidad, ahora es desorden. Guillén repudia y rechaza todo esto, y su voz es un canto, un grito de disconformidad con la crueldad y el horror, con la estupidez humana, que es capaz de cometer tales desatinos. Pero también la búsqueda de la solidaridad del hombre, la creencia de que una situación semejante es insostenible por mucho más tiempo. La confianza en las posibilidades humanas, al margen de manipulaciones demagógicas. Y es, igualmente, la necesidad de proclamar nuevamente la cultura como medio de liberación de la ignorancia y la estulticia. El canto ha elevado su voz, y el poeta ha pedido la palabra en el concierto universal, en el desconcierto colectivo, como señala el autor. Guillén se siente cada vez más desamparado y perdido en este laberinto, que ya no es el mundo de *Cántico*, en el que se ha perdido el gusto por las cosas bellas y verdaderas, en el que anida la mentira y el engaño, el odio y el desprecio entre hermanos de una misma nación, de un pueblo idéntico y de una casa común.

La sombra caínita se pasea de nuevo por la tierra, y la poesía adquiere un tono bíblico de venganza, de eternidad, de insistencia en los males que retrasan y postergan el progreso del hombre que insiste una y otra vez en aquellos aspectos que lo acercan a las cavernas y lo alejan de la convivencia, que se presenta más y más imposibilitada por el propio ser humano, ciego ante la necesidad, mirando hacia atrás como la mujer de Lot, sin apenas darse cuenta que esa mirada le conducirá a insondables mentiras, de las que no podrá o no sabrá salir. Pero no hay nada de elegíaco trascendente, nada de ortodoxo dantesco ni retrospectivo proustiano en la memoria guilléniana. El recuerdo—en el que se funde su aventura personal, el fallecimiento de su primera esposa, por ejemplo— es la lucha contra

el olvido. El poeta recrea ese ámbito de la memoria en un lenguaje que es presencia viva y persistente, consciente plenamente de que es la única solución que tiene el autor—lo que lo diferencia de los demás seres—para la recreación activa, para alcanzar la salvación, en el límite de un destino único. El amor perdura de esa manera y se sucede a sí mismo, en una construcción nunca terminada. Siempre en obra, en un rehacerse continuo, sin apenas concederse descanso el poeta, fundiendo la anécdota personal en el espacio del hombre y el tiempo que le ha tocado vivir. Pasando desde el nivel de lo particular hasta la esfera de lo colectivo, desde el terreno del esclavo hasta la residencia del dictador, intentando coordinar y subrayar aquellas constantes que superen el aspecto del accidente, de lo que es personal, pero que reaparece con independencia de la persona que lo protagoniza, adquiriendo el carácter de categoría lo que en un primer plano no pasaba de intransferible, sin que por ello pierda su carácter ejemplar. Al contrario, primando y potenciando todo lo que se repite y aparece en sujetos muy diferentes. Si habíamos visto que se pasaba de lo real a lo simbólico en *Cántico*, en *Clamor* podemos afirmar que este paso se da de la unidad a la infinitud, del yo a todos. Es el mismo procedimiento aplicado a materias distintas, porque Guillén lo que pretende es que su poesía sirva de lección al tiempo que amplía el radio de acción de su literatura para que ésta trascienda los límites impuestos por el espacio y el tiempo y sea válida a todo lector que en un momento o en otro se aproxime a ella y quiera encontrar testimonio de la cotidianeidad heroica y de la visión del universo.

La poesía de Jorge Guillén no se agota en los dos libros anteriores, y en 1967 da una nueva entrega literaria: *Homenaje*, libro que se sitúa a caballo de los dos anteriores. Más concreto y accesible que el primero, menos angustiado y dolido que el segundo. Me parece, por lo demás, que *Homenaje* es una consecuencia de lo que el poeta había venido haciendo hasta su publicación, consecuencia que ligará con la definición que se dio líneas más arriba en el sentido de que la obra de Guillén debía considerarse un todo unitario y coherente en el tiempo. Tal es la precisión y la maestría que *Homenaje*, casi me atrevería a escribir, siguiendo el hilo analítico de Macrí, fue escrito en el momento oportuno y concreto que debía, y en el orden justo. Después de la poesía cósmica de *Cántico*, de la civil de *Clamor*, el lugar tiene que seguir ocupado por el hombre, pero ahora con nombres y apellidos. Esta personalización del argumento poético era previsible. Y lo era porque la obra que nos ocupa ya estaba contenida en la anterior, y ésta en la otra. Lo que se hace, lo que efec-

túa Guillén, es la explicitación de esas intuiciones que apuntaban en la lectura de *Clamor*. Se subsume en el universo la historia, y en ésta, el hombre personalizado, que a su vez lo es en el comienzo. Trabaja, pues, el poeta en estructuras englobantes, en un proceso que parte de lo mayor para ir a lo menor. Es como si se partiera de una premisa inicial y posteriormente se fueran tratando contenidos parciales. La concreción biográfica de la persona en *Homenaje* no solamente no es anecdótica, sino que adquiere el carácter representativo y ejemplar de eje del esquema literario. Para la correcta comprensión de la obra y su cabal entendimiento, casi exige la lectura de los títulos anteriores, aunque tenga la autonomía suficiente como para admitir un tratamiento aislado. Pero la visión conjunta la da la totalidad de la producción poética. Escribir a continuación, y advertir como hace Macrí, sobre la arquitectura armónica de la obra guilleniana, no es ni puede considerarse un recurso crítico más o menos desgastado por la utilización. Es, por el contrario, la necesidad de subrayar ese aspecto primordial, sobre el que conviene insistir, pues difícilmente nos encontraremos con una teoría poética más consecuente que la que estudiamos en este artículo. La necesidad del «más allá», que apuntaba de modo familiar en *Cántico*, se acentúa entre la memoria y el nuevo amor en *Clamor* y *Homenaje*, en lo que Macrí llama «la humildad del heroísmo cotidiano». Quede bien claro, además, que Guillén escribió este libro con el propósito de que fuera el último, intención felizmente desmentida por la posterior publicación de *Y otros poemas*, libro que no añade nada nuevo ni original al monumento lírico de su obra. Posiblemente Guillén fuera consciente de ello, y de ahí la precisión del título, tan acertado como todos los suyos.

En *Homenaje* pasa a un primer plano algo que he intentado, siguiendo el libro que critico, quedara claro era una constante vital en la obra guilleniana. El convencimiento de que la cultura es una forma de liberación de las ataduras y tabúes del hombre. Es innecesario advertir que Guillén es hombre de letras, pero no lo es escribir que el poeta le da a esa formación un carácter activo. Quiero decir que la lectura y el conocimiento de la obra de arte no es para Guillén un refugio frente a la mediocridad y el sufrimiento, ni tampoco un enmascaramiento de la realidad. El arte es para él un gran consuelo, pero es también un sistema eficaz de remodelación de esa realidad adversa y contraria. La cultura adquiere así un carácter de cuerpo vivo y una matización que sin ser nueva es no solamente valiosa, sino regeneradora de toda una tradición que toma de esta manera una revisión de conceptos. Lo que salva al hombre de su angustia es su

intelecto, que no es ya que lo diferencia, sino que lo posibilita para testimoniar al futuro un presente que arranca de un pasado que el hombre, en cierta manera, puede elegir. En todo caso modificar y reconocer con su aportación intelectual. En esa decisión —la posibilidad de elegir— quizás resida la libertad humana, viene a decir el poeta. Bajo este prisma, hemos averiguado una nueva dimensión de *Homenaje*, quizás la más importante, que amplía la línea argumental de universo, historia, hombre, en un nuevo escalón, el de la cultura. La referencia, pues, en *Homenaje* a otros poetas antiguos y modernos, españoles y extranjeros, es un agradecimiento a lo que han supuesto en la formación de su trayectoria literaria, pero es igualmente el reconocimiento de que la poesía, y por extensión el arte, salva —y ésta es palabra clave en la obra guilleniana— al hombre del paso inexorable del tiempo, si bien advierto que Guillén entiende la inmortalidad, al menos así lo entiendo, en el sentido de testimonio comprometido que las generaciones siguientes se encargarán de decir si es válido o no, de la misma manera que él hace con la tradición de la que procede y que ha conformado su espíritu a partir de la elección que antes señalaba.

La reunión de esta densa, intensa actividad poética en 1968, bajo el significativo título de *Aire nuestro*, resumen la intencionalidad unitiva de la obra de Guillén. Coger este libro supone encontrarnos con uno de los mayores logros literarios, y, por tanto, intelectuales, de nuestra época. No necesita más añadidos, pues el ciclo se ha cerrado y ha quedado como perfección acabada. El tema ha terminado, y si hay algo que trasluce a través de sus páginas, este algo es la preocupación por el hombre. Hombre analizado y estudiado en estados diferentes y en situaciones distintas. Guillén puede ofrecer al mundo el espectáculo de la obra finalizada, que tanto tiempo le ha costado, casi cincuenta años de actividad literaria. El esfuerzo merecía la pena. Es el reencuentro con el misterio de la palabra, con la libertad del hombre, con la poesía como existencia.—JOSE MARIA BERNALDEZ BERNALDEZ (*Pablo Casals*, 6, 7.º D. MADRID-11).